

VIVIR Y ANUNCIAR LA PALABRA

LAS PRIMERAS COMUNIDADES III



ORGANIZACIÓN Y COORDINACIÓN DE LAS COMUNIDADES

El texto de Hch 6,1-7 muestra una crisis en la comunidad de Jerusalén. Antes era alabada por la armonía que reinaba en ella (Hch 2,42-47; 4,32-34). Hay en la comunidad un ala helenista organizada en torno a los Siete, pero que se siente marginada, y otra, en torno a los Doce, que tienen el liderazgo. Hay dos grupos organizados: los fieles hebreos (judíos de lengua hebrea) con los Doce y los fieles helenistas (judíos de lengua griega) con los Siete. También existen dos servicios: predicación de la Palabra relacionada con los Doce y el servicio a las mesas que se encomienda a los Siete. Se observa, sin embargo, que los Siete, a quienes se le había confiado el servicio a las mesas (Hch 6,2-3), salen para anunciar la Palabra (cf. Hch 6,8-10.13-14; 7,1-53; 8,5-7.40), de la misma forma que los Doce.

La crisis que se vislumbra, a nivel superficial, se refiere a la disputa entre viudas hebreas y helenistas. A estas últimas se las descuida en el servicio diario de las mesas. El problema es grave y afecta directamente a la vida y a la organización de la comunidad. Está en juego la cuestión de la autocomprensión de la Iglesia: ¿es una simple secta judía o es una Iglesia abierta al mundo? ¿Por qué a las viudas de los helenistas se las descuida en la atención diaria? ¿Qué problemas está viviendo la comunidad de Jerusalén y que, en el texto, están más silenciados que explicitados?

El episodio de la institución de los diáconos muestra cómo los ministerios van surgiendo en la Iglesia como respuesta a las necesidades de la comunidad. No han sido instituidos por Jesús y son servicios necesarios para el bien de la comunidad. Hoy la Iglesia busca, de nuevo, ser una Iglesia toda ministerial, de comunión y de participación. Rescata la comprensión del ministerio como servicio dinámico. El Espíritu Santo suscita nuevas formas de servicio.

PROFUNDIZAMOS

El ser humano es un ser social y necesita vivir en comunidad para el crecimiento y la realización personal. Entre las distintas formas de vida comunitaria, la comunidad cristiana es signo e instrumento del reino de Dios. La comunidad, como realidad humana y social, necesita organización

y coordinación para que pueda ser espacio de crecimiento y realización, y vivir relaciones de igualdad y libertad.

Como signo e instrumento del Reino, las comunidades cristianas realizan servicios de unión, de santificación, de paz y fraternidad, de defensa y promoción de la vida, de alabanza y culto a Dios. También realizan servicios a favor de los hermanos necesitados y se comprometen con el anuncio de la Buena Noticia de Jesús.

Este servicio, llamado ministerio, significa realizar tareas que buscan responder a las necesidades, y se realizan en tiempos y espacios definidos. Por tanto, la coordinación y organización de las comunidades deben estar siempre subordinadas a las necesidades personales, comunitarias, sociales y religiosas. De esta manera, atendiendo al mandato de Jesús y bajo la inspiración del Espíritu Santo, surgieron las más diversas formas de servicios y ministerios en las comunidades cristianas.

I. Las "órdenes" de Jesús

Las comunidades cristianas se inspiran en la práctica de Jesús. Pero Jesús no habló ni hizo todo. El evangelista Juan dice que Jesús hizo muchos signos que no han sido recogidos por escrito (Jn 20,30). Ante las situaciones nuevas que iban surgiendo, las comunidades tuvieron que ser muy creativas. A veces buscaron en la memoria o entre los "testigos oculares" (Lc 1,2) las orientaciones posibles que Jesús había dado. Y Jesús dejó algunas órdenes. Están registradas en los evangelios. Algunas se dirigen a personas individuales; otras, a la multitud en general. Aquí recordamos sólo algunas indicaciones de Jesús. Otras habrá que buscarlas en los evangelios.

La más conocida es la del mandamiento nuevo (cf. Jn 13,34; 15,12.17). Es el gran mandato de Jesús: "Lo que os mando es esto: que os améis los unos a los otros" (Jn 15,17). Jesús dejó aún otros mandatos en relación con los diversos comportamientos de la práctica cristiana: del perdón (Mt 18,15-18; Lc 6,37), del amor a los enemigos (Mt 5,44; Lc 6,27-35), del ser perfecto (Mt 5,48) y del ser misericordioso (Lc 6,37), de la práctica de la justicia (Mt 6,1), de la oración (Mt 6,5-13), de la riqueza (Mt 6,24), de los juicios sobre las personas (Mt 7,1; Lc 6,37), de la manera de evangelizar (Mt 10,5-23), de mantener viva su memoria (Lc 22,19).

Después de la resurrección Jesús ordena:

a) "No temáis, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán" (Mt 28,10). ¡Es el mandato que da a las mujeres!

b) "Haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado" (Mt 28,19-20). Es el mandato dado a los Once antes de la ascensión.

c) "Anda, vete y diles a mis hermanos que me voy a mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios, que es vuestro Dios" (Jn 20,17). Es lo que Jesús manda a María Magdalena, convirtiéndola en apóstol de los apóstoles.

d) "Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá" (Jn 20,22-23). Es lo que ordena a los discípulos.

e) "Apacienta mis ovejas" (Jn 21,17) es el mandato que le da a Pedro.

Son órdenes o mandatos que Jesús da a las mujeres, a los hombres, y las comunidades cristianas se inspiran en ellas.

II. Los ministerios en las primeras comunidades cristianas

La Iglesia se comprende a sí misma como una realidad ministerial (servicio). Jesús anunció el reino de Dios que es servicio. La Iglesia lo tradujo en las diversas formas de ministerios.

El término que más caracteriza el servicio propio de la comunidad cristiana es la palabra "diaconía" (*diakonia*, griego; *ministerium*, latín). No sólo en el sentido específico de los diáconos, sino como realidad de servicio. Este concepto griego, considerado sinónimo de esclavitud-servidumbre, pasa a ser símbolo de Cristo, el diácono del Padre y del ser humano (cf. Hch 1,17.25; 6,4; 20,24; Rom 11,13; 2 Cor 4,1). Se aplica también al apostolado de la Palabra (Hch 6,4) y de la reconciliación (2 Cor 5,8). El término "servicio", que califica al ministerio cristiano, evita términos que en griego significan autoridad, poder y mandato. Razones históricas posteriores cambiaron las funciones eclesiales "ministeriales" (serviciales) en funciones eclesiales "honoríficas" (privilegios).

En el Nuevo Testamento encontramos gran variedad de servicios o ministerios. Como no había ministerios instituidos, válidos para todas las iglesias, existe cierta imprecisión terminológica y es difícil encontrar títulos técnicos a los diferentes ministerios. Esto manifiesta la variedad y la riqueza de formas de atender las necesidades de las comunidades nacientes, y las situaciones diferentes de las diversas iglesias. Lo que en un lugar significa una cosa, en otro tiene un sentido distinto. Pasa lo mismo en nuestras comunidades.

III. Variedad de ministerios en el Nuevo Testamento

Se pueden distinguir distintas funciones eclesiales según las diversas comunidades y según el lugar de pertenencia. Los ministros con funciones más o menos universales son:

- Apóstoles: comprende los Doce y otros enviados más tarde como Bernabé, Silas, Tito, Timoteo (Hch 14,4). Pablo se autodenomina "apóstol" (Rom 1,1; 1 Cor 1,1; Gal 1,1). A Andrónico y Junia se les denomina en Rom 16,7 "apóstoles ilustres".

- Profetas: sin citar nombres, son una presencia importante en las iglesias (Hch 13,1; Rom 12,6; 1 Cor 12,28; 14,29).

- Maestros y doctores: ejercen la función de la enseñanza (Hch 13,1; 1 Cor 12,28).

Aparecen otras funciones de cuño más local:

- Obispos: los encontramos en Éfeso (Hch 20,28; 1 Tim 3,2), en Filipos (Flp 1,1) y en Creta (Tit 1,7).

- Presbíteros: en Jerusalén (Hch 11,30), en la diáspora (Sant 5,14) y en Asia Menor (Hch 14,23).

- Diáconos: además del término que indica el servicio a Dios y a los hermanos (2 Cor 6,4; 11,23; Ef 6,21), encontramos diáconos en Filipos (Flp 1,1), y Febe es "diaconisa de la iglesia de Cencreas" (Rom 16,1).

Junto a estos servicios, aparecen otras funciones en textos neotestamentarios:

- Colaboradores: Rom 16,3.21; 2 Cor 1,24; 8,23; Flp 2,25; Flp 1,24.

- Guías o líderes: Rom 12,8; 1 Tes 5,12; 1 Tim 3,4-5; Tit 3,8...

- Pastores: Ef 4,11; Heb 13,20; 1 Pe 2,25.

IV. Dones y carismas

Dentro de las diversas funciones, se indican las personas dotadas de carismas para la edificación de la comunidad, cuerpo de Cristo. Los dones son formas de servir a la comunidad según las necesidades.

Se pueden destacar tres listas significativas de dones y servicios en las cartas paulinas:

- a) Rom 12,6-8: profecía, diaconía, enseñanza, exhortación, distribución de bienes, presidencia y misericordia.
- b) 1 Cor 12,7-10: sabiduría, ciencia, fe, curación, hacer milagros, profecía, discernimiento, hablar en lenguas, interpretar las lenguas.
- c) 1 Cor 12,28-30: en este texto Pablo establece una jerarquía de dones y servicios: 1) apóstoles; 2) profetas; 3) doctores; 4) don de milagros; 5) don de curación; 6) don de la asistencia; 7) don del gobierno; 8) don de lenguas.

Pablo celebra el don o carisma por excelencia en 1 Cor 13, el famoso himno al amor. Relativiza los diversos dones y servicios, subordinándolos al amor. El ministerio del amor es el ministerio universal.

V. Los servicios y ministerios en la Iglesia de hoy

En Hch 6,1-6, se instituyen servicios para atender las necesidades de una determinada comunidad cristiana. La diversidad de dones y servicios en los textos del Nuevo Testamento revela que los ministerios no eran instituidos de forma universal, a no ser el don de la caridad. Se puede servir de muchas formas.

Hoy asistimos a un renacer de servicios y ministerios en la Iglesia que buscan atender a las nuevas necesidades de la comunidad cristiana y de la misión. Son centenares de formas nuevas de servicios que los cristianos encuentran para realizar el proyecto de Dios.

La variedad y creatividad de servicios que se ejercen en las comunidades son frutos del Espíritu. El pueblo ha descubierto en la liturgia más de cincuenta formas diferentes de ejercer el ministerio, que va desde encender la vela en el altar hasta la promoción y organización de la pastoral litúrgica en los diversos niveles de la Iglesia. Lo mismo se puede verificar en la catequesis, en la formación de coordinadores, en los grupos de reflexión y en tantos otros. Donde más florecen las nuevas formas de ministerios es en las pastorales específicas, como la pastoral del menor, de la mujer marginada, pastoral del niño, de los que viven en la calle, de los emigrantes, ancianos, etc.

La búsqueda de respuestas a las necesidades fue el criterio para el surgimiento de los diversos servicios en las primeras comunidades cristianas. Este criterio continúa siendo válido hoy.

NUEVA LECTURA DEL PROPIO PASADO

En la Biblia podemos encontrar diversas relecturas del pasado (cf. Dt 6,20-25; 26,5-10; Jos 24,1-13; Sal 105; 106; 107; Sab 10,1-19,22...). Según la situación que se vive, o dependiendo del objetivo de la relectura, se enfoca uno u otro aspecto de la vida o del pasado.

En el Concilio Vaticano II llamó a una renovación de la vida cristiana. Para realizar este proceso se hizo necesaria una "vuelta a las fuentes", una relectura de la historia desde la realidad que se estaba viviendo. Constantemente y hoy, de manera especial, los cristianos vivimos un nuevo momento de redefiniciones, de interrogantes, de búsqueda de modelos alternativos de vida.

El discurso de Esteban (Hch 7,1-54) muestra el conflicto que vivían los cristianos con los jefes de los judíos. Esteban se opone al templo, rompe con el sistema y, como Jesús, es condenado a muerte. Niega la legitimidad de sus jueces, el Sanedrín. Esteban recurre al pasado de Israel y denuncia la infidelidad de los líderes judíos. Se autoproclaman defensores de la ley de Moisés, pero son descendientes de los que persiguieron y mataron a los profetas, y de Salomón, que construyó

el templo contra la voluntad de Dios.

Las comunidades cristianas reinterpretan las Escrituras

I. Una clave de lectura para Hch 7,1-54

Uno de los aspectos que más llama la atención es la frecuencia y la manera en que los cristianos usaban e interpretaban la Biblia. Prácticamente no hay página en el Nuevo Testamento que no tenga una o más referencias a la Escritura de los judíos, que nosotros llamamos Antiguo Testamento. Por ejemplo, Felipe aplica a Jesús el texto del Siervo de Yavé (Is 53,7-8; Hch 8,27-38). La comunidad de Jerusalén lee el Salmo 2 y lo aplica a la persecución que sufría (Hch 4,23-30). En los discursos de Hechos, la Biblia se utiliza para evangelizar (cf. Hch 2,14-36; 3,11-26; 4,8-12; 7,1-54; 13,16-41). Pablo dice que la usaba para aprender la lección o servir de ejemplo (1 Cor 10,6-11). Y así sucesivamente. Para ellos, interpretar la Escritura era lo mismo que unir la fe con la vida, pues la Escritura era la expresión de su vida. Era su historia, su memoria, la fuente de su identidad.

No todos utilizaban la Biblia de la misma forma. En esta Ayuda para la guía veremos de cerca cómo Esteban interpretó el Antiguo Testamento en el discurso dirigido a los que lo acusaban de estar contra el templo y la ley de Moisés (Hch 6,13-14).

II. El discurso de Esteban en el libro de los Hechos

En la primera parte del libro (cf. Hch 1-15), los discursos ocupan un lugar muy importante (Hch 2,14-36; 3,11-26; 4,8-12; 7,1-54; 13,16-41). Son como señales que indican la dirección o como los postes que sostienen los cables de la narración. El discurso que se atribuye a Esteban es el más largo de todos, señal de su importancia en el conjunto del libro.

Al releer el Antiguo Testamento a la luz de su fe en Jesús, Esteban intenta comunicar a sus oyentes lo que el mensaje de Jesús tenía que ver con sus vidas. Los enemigos de Esteban decían: "No tiene nada que ver". Impedían que el mensaje de Jesús afectara a sus vidas. Se quedaban con la religión anterior, que les parecía más adecuada con la voluntad de Dios. Esteban y sus compañeros pensaban de otra manera: "Tiene mucho que ver. El Evangelio de Jesús es la meta de nuestro camino". Tanto Esteban como sus adversarios usaban la Biblia para defender sus posiciones.

Este problema es muy actual por dos motivos: 1) Muchos prefieren la religión anterior a una renovación de la Iglesia. Olvidan la radicalidad del mensaje del Evangelio que exige conversión y abandono de posiciones conquistadas para ser, de nuevo, un sencillo servidor o servidora de los desfavorecidos. 2) Hoy, todos utilizamos la Biblia, cada uno a su modo. Unos para defender su posición conservadora, otros para iluminar su postura aperturista a las exigencias del mundo. ¿Quién tiene razón?

III. División del texto

- Hch 7,1: Introduce el discurso como respuesta de Esteban a la pregunta del sumo sacerdote: "¿Es verdad lo que dicen?" La acusación decía: "Este hombre no cesa de hablar contra el templo y contra la ley" (Hch 6,13).
- Hch 7,2-8: Esteban comienza el discurso recordando el camino de Abrahán, la promesa de la tierra y la circuncisión como signo de la alianza.
- Hch 7,9-16: Recuerda la historia de José, vendido por sus hermanos, su nombramiento de gobernador por parte del Faraón y el traslado de Jacob a Egipto.
- Hch 7,17-43: La historia de Moisés ocupa el espacio mayor en el discurso.
- Hch 7,17-22: Nacimiento e infancia de Moisés, criado en la corte del Faraón.
- Hch 7,23-29: Rebelión de Moisés ante la opresión de su pueblo y huida al ser denunciado.

Hch 7,30-34: Vocación y envío de Moisés al pueblo oprimido en Egipto para liberarlo.
Hch 7,35-38: Ejecución de la misión, liberación del pueblo y promesa de un nuevo profeta.
Hch 7,39-43: Desobediencia del pueblo a Moisés y crítica a los sacrificios.
Hch 7,44-47: La historia de la tienda, hecha según el modelo que Moisés había visto, introducida en la tierra por Josué y acogida por David.
Hch 7,48-50: Crítica a Salomón por haber construido un templo contra la voluntad de Dios.
Hch 7,51-54: Esteban interrumpe la historia y hace la denuncia abiertamente. ¡Los acusadores son acusados!

IV. Puntos que llaman la atención en el uso que Esteban hace de la Biblia

1. Esteban supone que sus oyentes conocen la Biblia. No necesita explicar quiénes son Moisés, Abrahán o Josué. Sabían la Biblia de memoria.
2. Esteban recuerda sólo una parte de la historia: los patriarcas y el Éxodo. Casi no habla de David. Menciona a Salomón de paso, únicamente para criticarlo. Ignora la historia de los reyes y del exilio. No habla nada del largo período postexílico. Hace una lectura selectiva.
3. Tiene mucha libertad y familiaridad con el texto bíblico. En cualquier momento, cambia el texto para que sea un espejo más nítido del presente. Por ejemplo, en Hch 7,7, en vez de decir "sobre esta montaña", es decir, el Sinaí, según Éx 3,12, dice "en este lugar" refiriéndose al templo.
4. Cita la Biblia según la traducción de los judíos helenistas, llamada la Septuaginta, y añade aspectos que proceden de una tradición oral popular extrabíblica, transmitida en Samaría, conocida también por Filón y Flavio Josefo. Por ejemplo, la división de la vida de Moisés en tres veces cuarenta años (Hch 7,23.30.36) no viene del Antiguo Testamento, sino de esta tradición samaritana. En Hch 7,16, dice Siquén (en Samaría), en vez de Macpelá (en el sur), según decía el texto bíblico (Gn 50,13). Quiere decir que el contexto de la vida de Esteban era más abierto, capaz de reconocer las cosas buenas en los samaritanos, considerados herejes.
5. Esteban hace una interpretación que escuece. Llama la atención sobre aspectos que la gente no estaba acostumbrada a reflexionar ni le gustaba oír. Por ejemplo, basándose en los textos bíblicos, presenta a Moisés como un líder contestado y criticado, rechazado por su propio pueblo (Hch 7,27-29.35.39-43.47-48.51-53). Incluso, tuvo el coraje de criticar a Salomón por haber construido el templo (Hch 7,49-50). De esta forma, consigue que el pasado se transforme en acusación contra aquellos que no querían aceptar a Jesús.
6. Habla de Moisés pero piensa en Jesús. Como Jesús, Moisés trae la salvación (Hch 7,25), es jefe y liberador (Hch 7,35), hace señales y prodigios (Hch 7,36), se le coloca entre Dios y los hombres (Hch 7,38), tiene palabras de vida (Hch 7,38), encuentra oposición en el pueblo (Hch 7,27) y su misma gente lo rechaza (Hch 7,35.39). Moisés es una prefiguración de Jesús. Jesús es el profeta anunciado por Moisés (Hch 7,37). La Biblia se convirtió en espejo del presente vivido por Esteban.
7. La forma que Esteban adopta para recordar la Biblia se parecía a la forma de leer los textos bíblicos en la sinagoga. Por ejemplo, los vv. 7-34 del discurso siguen, casi al pie de la letra, los capítulos 1-3 del libro del Éxodo. Les hace un breve comentario y muestra la unión que tienen con la vida de los oyentes. Esa forma de leer y comentar la Biblia se llamaba Targum.

Los oyentes sabían muy bien adonde quería llegar Esteban con este nuevo modo de leer la historia del pueblo. Pero nada podían decir, porque lo que decía Esteban era la pura verdad. Venía directo de la Biblia. Comienzan a reaccionar con furia cuando Esteban deja la Biblia de lado y pasa a la acusación directa (Hch 7,51-54).

V. Resumen

1. El discurso refleja la relectura que la comunidad de Lucas hacía de la Escritura.
2. Mezclaban la Biblia con la tradición popular, sobre todo con la samaritana.
3. Citaban la Biblia según la tradición más abierta de los Setenta.
4. Acentuaban la dimensión mesiánica que permitía unir el texto con Jesús.
5. Tenían familiaridad, creatividad y fidelidad en el uso de la Biblia.
6. Hablaban del pasado, pero pensaban en el presente. Usaban la Biblia para clarificarlo.
7. Seleccionaban los textos dependiendo del momento presente. Hacían lectura selectiva.

VI. Una "visión global" de la Biblia

El discurso de Esteban ayuda a entender lo que es una "visión global" de la Biblia. Generalmente, entendemos que es una síntesis completa de todo lo que ha sucedido y ha sido escrito en la Biblia. Si fuera así, las visiones globales deberían ser todas iguales. Pero la Biblia trae muchas síntesis diferentes de la misma historia del pueblo de Dios. Te presentamos algunos ejemplos: el llamado credo del Antiguo Testamento (Dt 26,4-9), o el discurso de Josué en la asamblea de Siquén (Jos 24,2-13), la oración de los levitas en el libro de Nehemías (Neh 9,5-37), o el discurso de Ajior, jefe de los amonitas, al general Holofernes (Jdt 5,5-21), la reflexión sobre el pasado de Israel con motivo de la destrucción de Samaría (2 Re 17,7-23), las meditaciones sapienciales sobre los antepasados, hechas por Jesús Ben Sirac (Eclo 44-50) y por el libro de la Sabiduría (Sab 10-19), varios salmos que reflexionan o celebran el pasado (Sal 68; 77; 78; 105; 106; 107), el discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia (Hch 13,16-25), la meditación de la carta a los Hebreos sobre la fe de los antepasados (Heb 11,1-40).

Ninguna síntesis es igual. Cada libro o autor tiene su versión: bien acentúa o selecciona, corta o añade, j u n t a o separa, según la necesidad del momento. La nueva situación en la que se encontraba el pueblo le daba ojos nuevos para releer su historia de otra manera. Hoy sucede lo mismo. Despertados por la situación concreta en la que nos encontramos, comenzamos a descubrir dimensiones de la Biblia que antes no percibíamos. Por ejemplo, ver a Jesús como liberador. Lo mismo aconteció con Esteban. Despertado por la experiencia liberadora de la resurrección y por la situación de contestación en que se encontraba, reacciona contra la opresión de sus adversarios, que querían encerrar todo y a todos dentro de la ideología de la ley y del templo. Por ese motivo, en su interpretación de la historia, Esteban no habla de cumplimiento de la ley. Casi no habla del templo. Apenas lo menciona para criticarlo (Hch 7,47-48). Omite toda la historia de los Reyes y *no dice nada* de la reforma de Nehemías y Esdras, que era el fundamento de la ideología de sus adversarios. Habla de la iniciativa gratuita de Dios que hace s u promesa a los Patriarcas y llama a Moisés para libertar a su pueblo. Ésta es la nueva visión global que Esteban tiene de la Biblia. Para comunicarla no era necesario recordar toda la historia. Para sentir el gusto de la tarta, no es necesario comer toda la tarta. Basta u n pedazo. Por este pedazo, presentado por Esteban, los adversarios pudieron evaluar todo el alcance de la nueva visión. No les gustó. El resultado fue el martirio.

MARTIRIO: TESTIMONIAR LA BUENA NOTICIA

En el Nuevo Testamento encontramos la palabra *martyría*, que significa "testimonio" (cf. Mc 14,55.59; J n 1,7; Ap 1,2). Los seguidores de Jesús son llamados a "dar testimonio" de Él (Mt 10,18). El testimonio incluye el "derramamiento de sangre". Del griego *martyría*, tenemos la palabra "martirio", que significa, casi siempre, "muerte con derramamiento de sangre".

Hoy crece el número de personas que mueren asesinadas en todo el mundo. Las razones de las muertes son muy diversas: terrorismo, secuestros, venganzas, narcotráfico, enfrentamientos, lo que

se llama "quema de archivos". Otras son consecuencia de la fidelidad a la opción de vida, al proyecto de Jesús. Son muchos los mártires de ayer y de hoy. A partir de la fe en Jesucristo, sostenidos por la Palabra de Dios, estos hermanos y hermanas son fieles hasta el final.

Las acusaciones contra Esteban son las mismas que se han hecho contra Jesús: subversión de la ley y de las costumbres, crítica a las instituciones y estructuras de los judíos, especialmente al templo.

Esteban y los helenistas significan lo nuevo en medio de los judíos. Los apóstoles significan todavía la continuidad de un cierto judaísmo, porque mantenían sus prácticas judías (cf. Hch 1,12; 2,46; 3,1; 5,42). Esteban y los Siete rompen los límites, cruzan las fronteras de la ley y subrayan la novedad de Jesús. Su predicación amenaza la existencia de las clases dirigentes de Israel y hace que aparezca la contestación radical que hay en la fe cristiana.

La muerte de Esteban es un linchamiento que marcó profundamente a la comunidad cristiana, como tantos linchamientos de hoy. Las imágenes que aparecen en el relato muestran que en la muerte del mártir el mundo es juzgado. "El justo que muere condena a los impíos que viven" (Sab 4,16). Pronunciando las palabras del Maestro, Esteban manifiesta que el camino de Jesús es el camino del discípulo.

Romper con el templo de la Antigua Alianza

I. El templo y la piedad popular en tiempos de Jesús

Todos los años, por las fiestas, los peregrinos subían a Jerusalén. Cuando llegaban cerca de la ciudad santa, rezaban: "Nuestros pies ya pisan tus umbrales, Jerusalén" (Sal 122,2). Y cuando miraban a la ciudad, una construcción destacaba en el paisaje, provocando la admiración de todos: "Mirad qué piedras y qué construcciones" (Mc13,1). Esta construcción en mármol negro, blanco y amarillo, con frisos de oro puro y las puertas y ventanas revestidas de oro, brillaba con el sol y encantaba a los peregrinos que llegaban. ¡Era el templo de Jerusalén!

En la época de Jesús el templo estaba en reforma. Las obras habían sido comenzadas por Herodes el Grande en el año 20 a.C. Los trabajos pretendían ampliar, ornamentar y embellecer el edificio. Cerca de 18.000 obreros trabajaban en las obras, que se prolongaron hasta el año 62 d.C. Unos ocho años después de la reforma, lo que quedaba del templo era un montón de ruinas humeantes. Fue destruido por los romanos cuando reconquistaron Jerusalén en la guerra contra los judíos (año 70 d.C). La destrucción del templo dejó a todas las corrientes del judaísmo zambullidas en una profunda crisis. Al fin y al cabo, para ellas el templo era la garantía de la presencia de Dios en medio del pueblo. Dentro de estas corrientes estaban los seguidores de Jesús de Nazaret.

El templo era el centro de la piedad popular para la gente. Allí todos acudían en romerías, porque era el lugar sagrado de liturgias penitenciales, de perdón, de expiación, de purificación y de alabanzas. Todo judío piadoso, aunque viviera en un lugar distante, debería ir al templo una vez en la vida (cf. Éx 23,17). Aunque viviera lejos, cuando hacía sus oraciones, el fiel debía orientar siempre su cuerpo en dirección a Jerusalén y al templo (Sal 138,2).

El lugar habitado por la divinidad, punto de encuentro entre el cielo y la tierra (Ez 5,5; 38,12; 43,7), era un espacio en el centro del templo, llamado "Santo de los Santos", es decir, "un lugar santísimo" (cf. Ez 40,12). Allí moraba Yavé. Una vez al año, el sumo sacerdote entraba en este espacio sagrado y pedía perdón por los pecados propios y por los del pueblo, también por los que vivían lejos de Jerusalén, en la diáspora. El ritual de expiación que se hacía en el Día del Perdón (*Yom Kippur*) era la garantía de salvación para el pueblo, que, por una serie de restricciones legales de pureza, no podía entrar en el recinto sagrado y ofrecer sacrificios. En este día todos, purificados por el rito, estaban en contacto con Yavé, recuperaban las fuerzas para continuar el camino y contaban

con el perdón de Dios para todas sus faltas.

II. El otro lado del templo

Sin embargo, este lugar de la presencia divina era también un centro de explotación. Además de ser un lugar de tanta importancia religiosa, el templo tenía otra función: era el centro político-administrativo del pueblo después de que la ocupación extranjera no permitiera la figura de un rey. Al centralizar la recaudación de los tributos y de los diezmos pagados por el pueblo, el templo era el centro del poder en Palestina desde la vuelta del exilio en Babilonia. Al mismo tiempo, era el tesoro del país, el tribunal supremo y el palacio del gobierno. Por esta razón, la máxima autoridad era el sumo sacerdote, que ocupaba el lugar del rey ausente.

Sumando tantos poderes, había disputas políticas por los principales cargos en la administración del templo de Jerusalén, sobre todo después de la ocupación de los griegos seléucidas de Antioquía (200 a.C.).

Desde el gobierno de Salomón (970-930 a.C.) hasta la intervención de Antíoco IV (167 a.C.), el templo era administrado por la familia sacerdotal de los descendientes de Sadoc. Durante más de mil años esta familia proporcionó todos los sumos sacerdotes y las principales figuras para la administración del templo. Pero los griegos subastaron el cargo de sumo sacerdote y varias familias sacerdotales disputaban el cargo. Los Macabeos, con el nombre de Asmoneos, controlaron el templo desde el año 150 a.C. hasta el 40 a.C. Herodes, por ser un extranjero, no podía ser rey y al mismo tiempo sacerdote, como los Asmoneos. No obstante, nombraba al sumo sacerdote que le diera más garantía de lealtad política. Con la caída de Arquelao (6 d.C.), el poder pasó a la familia de Anas, que controló el templo en la época de los romanos con sus hijos y yernos. En el proceso contra Jesús, un yerno de Anas, llamado Caifas, era el sumo sacerdote "aquel año", como nos recuerda el evangelio de Juan (Jn 11,49).

El dinero que movía toda esta disputa venía del trabajo de la gente. Cada aldea de Palestina estaba encuadrada en una de las 24 secciones o distritos sacerdotales en los que estaban divididas Judea y Galilea. Los distritos eran responsables del pago de tributos necesarios para el mantenimiento del Estado judío y de la clase sacerdotal (cf. Neh 10,33-40). Calculados para un período de siete años, los tributos incluían:

- El impuesto de dos denarios o de la didracma, que cada israelita mayor de 13 años debía pagar anualmente al templo (Mt 17,24).
- El "primer diezmo", es decir, la décima parte de todo lo que se producía en la tierra durante el año en curso, pertenecía a Yavé y, por tanto, se debía enviar al templo.
- El "segundo diezmo", la décima parte de lo que se producía en un determinado año, después de haber pagado el primer diezmo, debería entregarse en Jerusalén, en especie o en dinero.
- El "tercer diezmo" o "diezmo de los pobres". Se pagaba en el tercer o sexto año. Después de haber pagado el primero y el segundo diezmo, las aldeas separaban la décima parte de lo que sobraba y lo enviaban al templo. Era distribuido entre los pobres de Jerusalén (cf. Dt 14,28-29).
- El producto de todos los árboles frutales debería enviarse al templo de Jerusalén cada cuatro años.

Aparte de todos estos tributos, el templo recaudaba mucho con el movimiento continuo de sacrificios diarios (cf. Lv 1-7). La ley exigía el rescate de los primogénitos (Éx 13,2). Además, estaban los ritos habituales de purificación y de expiación. Estas exigencias legales desembocaban en el comercio con las víctimas de las ofrendas, que, para ser sacrificadas, debían tener la garantía de pureza que sólo otorgaba el templo. Algunos calculaban que, cada Pascua, los sacerdotes sacrificaban 20.000 corderos en el templo y después vendían la piel. Como todo había que pagarlo con una moneda determinada, el templo también centralizaba las operaciones de cambio, porque el dinero que se usaba allí era la moneda de plata de la ciudad fenicia de Tiro. Por tanto, la entrada

del santuario era un gran comercio de vendedores de animales y de cambistas.

III. Jesús y el templo

Nacido en una familia judía, Jesús sigue la práctica religiosa de su pueblo. Al nacer, fue presentado al templo porque era el primogénito de José y de María, y la ley mandaba rescatar al primogénito (Lc 2,22-28). A los 12 años, un año antes de lo que mandaba la ley, hizo el ritual del paso a la vida adulta, leyendo y comentando un pasaje de la ley ante los escribas en el templo. Participaba con su familia de las romerías anuales a Jerusalén, con motivo de la fiesta de la Pascua o de otras fiestas.

Durante su vida pública, su actitud con el templo se inserta en la corriente profética más auténtica de Israel. El hecho de expulsar a los cambistas y a los vendedores de palomas en la puerta del santuario evoca las palabras de Miqueas (Miq 3,12), Jeremías (Jr 26,1-18) e Isaías (Is 66,1-4). Los evangelios no hablan de que Jesús haya ofrecido algún sacrificio en el templo. Revive las palabras de Oseas, "misericordia quiero y no sacrificios" (Os 6,6; Mt 12,7-8).

Su práctica muestra gestos de ruptura con el templo de Jerusalén, no como Casa de Dios, sino como centro regulador de la vida del pueblo. Este gesto de ruptura se concretizaba en la orden que dio después de realizar una curación: no manda a la persona al templo, sino a casa (cf. Mc 2,10; 8,26). Con este signo pretendía liberar a la gente de la cárcel de la ley de la pureza y de la observancia ciega del sábado.

La palabra de Jesús dirigida contra el templo, en el episodio de la expulsión de los cambistas, marcó profundamente a los discípulos. Se leyó más tarde cuando la comunidad estaba dividida en esta cuestión. Si Jesús no hubiera dirigido una palabra contra el templo, habría resultado muy difícil para las comunidades superar la idea del santuario como centro religioso, como casa de Dios. Esta palabra de Jesús contra el templo hizo mucho daño a la clase sacerdotal, que vivía a costa de los sacrificios. Al hablar contra el templo, no atacaba a los cambistas y a los vendedores, sino a todo un sistema de explotación religiosa mantenido por los sacerdotes. La base de la acusación contra Jesús en su juicio fue su palabra contra el templo (cf. Me 14,58; Jn 11,47-48).

IV. Los cristianos y el templo

Al principio, los seguidores y seguidoras de Jesús eran todos judíos. Al parecer, no entendieron en seguida sus gestos contra el templo. El libro de los Hechos muestra que los cristianos continuaban asistiendo al templo (cf. Hch 2,46; 3,1). Se reunían y rezaban en la Casa de Dios, y lo hacían dentro de la piedad tradicional. El libro de los Hechos no dice que los cristianos hayan ofrecido sacrificios en el templo.

El problema llegó cuando los judíos helenistas y samaritanos se adhirieron a la comunidad. Los dos grupos no daban importancia al templo de Jerusalén. Por ser de la diáspora, los helenistas relativizaban mucho el culto sacrificial en el templo. Para ellos la liturgia sinagoga les era suficiente y más abierta. Para los judíos helenistas, el templo era una dificultad que impedía a los gentiles convertirse al judaísmo. En aquel tiempo, si un gentil se convertía al judaísmo, no podía entrar en el templo por el hecho de haber nacido gentil. Los cristianos procedentes del helenismo no querían que la comunidad cristiana tuviera esta misma dificultad. Para la corriente helenista, representada por Esteban, el sacrificio único de Jesús hacía inútiles los continuos sacrificios de animales en el templo (Hch 6,13-14). Con la muerte de Jesús, el templo de Jerusalén pasa a ser un edificio grandioso, pero obsoleto.

Los samaritanos habían roto con el judaísmo oficial desde la reforma de Esdras (en torno al año 350 a.C). Construyeron un templo en lo alto del monte Garizín, cerca de Siquén, y allí centralizaban sus prácticas religiosas. Fue destruido por Juan Hircano en el año 128 a.C, cuando los judíos reconquistaron Samaría. Por esta acción, los judíos y samaritanos se odiaron mutuamente (cf. Jn 4,9). En el año 35 d.C, Pilato masacra a muchos samaritanos y destruye nuevamente el santuario.

Los samaritanos que entraron en la comunidad traían su doctrina contraria al templo de Jerusalén. Conocemos las posiciones de los samaritanos a través del diálogo de Jesús y la samaritana en el evangelio de Juan (Jn 4,20-24).

La división en la comunidad en relación con el templo debe de haber durado hasta el año 70 d.C, cuando las tropas romanas ocuparon y destruyeron Jerusalén. Con su destrucción, las comunidades relejeron las palabras y gestos de Jesús en relación con el templo y sacaron la siguiente conclusión: la divinidad no vive allí. El templo ya no sirve.

Este proceso no fue repentino ni fácil. Se hizo poco a poco. Hay varios textos del Nuevo Testamento que reflejan la posición conquistada por la comunidad:

- La gloria de Dios reside en Jesús, Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14).
- Jesús es el nuevo templo. La realidad humana, el cuerpo de Jesús de Nazaret es el lugar en donde habita la plenitud de la divinidad (Jn 2,21-22).
- El seguidor o la seguidora de Jesús entra también en esta nueva realidad. La comunidad reunida es el verdadero templo del Dios vivo (1 Cor 3,16-17; 6,19; 2 Cor 6,14-18; Ef 2,20-22; 1 Pe 2,5).
- Jesús es el verdadero sumo sacerdote y al mismo tiempo es el lugar santísimo, la tienda verdadera, hecha por Dios y no por manos humanas (Heb 8,1-2).
- Jesús es el verdadero cordero, sin mancha y sin defecto (1 Pe 1,19). Los seguidores y seguidoras son como piedras vivas, utilizadas en la construcción de un Templo espiritual. Los propios cristianos son como sacerdotes que ofrecen a Dios, por medio de Jesucristo, el verdadero sacrificio (1 Pe 2,5-9). Todos los que creen en la palabra de Jesús de Nazaret pertenecen al pueblo de Dios, raza elegida, nación santa, sacerdocio real.
- Nacerán el nuevo cielo y la nueva tierra, la Jerusalén celestial, la tienda de Dios en medio de la humanidad. Dios habita en medio de la humanidad sin necesidad de templos (Ap 21,1-3). El templo de la Antigua Alianza ha perdido su significado, porque en la Jerusalén celestial no hay ningún templo, "pues el templo es el Señor y el Cordero" (Ap 21,22).

Por las palabras y la práctica liberadora de Jesús, la comunidad se dio cuenta de que había una ruptura con la Antigua Alianza. Se ve con claridad en el misterio del sacrificio de Jesús en la cruz. Él es al mismo tiempo el templo, el sacerdote, el altar y la víctima. Con Él se inicia una nueva etapa en el camino de la salvación. La ruptura se hace más evidente cuando, en la muerte de Jesús, el velo del templo que separaba el Santo de los Santos, el lugar santísimo donde habitaba la divinidad, se rasga (Mc 15,38). La divinidad habita en aquel cuerpo torturado y retorcido. El soldado lo reconoce y dice: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios". El templo de Jerusalén con sus sacrificios diarios ya no tiene sentido.

EXPANSIÓN POR MEDIO DEL CRECIMIENTO DE LA CONCIENCIA MISIONERA

Hemos vivido un período en la Iglesia en el que la conciencia misionera ha estado adormecida. En los últimos años ha prendido un "nuevo ardor" y se han ampliado los horizontes: no es sólo misión "más allá de las fronteras", es también atención a las nuevas situaciones misioneras que hay entre nosotros, tanto en el ámbito geográfico, como en el social y cultural. La modernidad, sin duda, ha creado nuevos areópagos a los que somos enviados para anunciar al "Dios desconocido".

La comunidad de Antioquía se deja atrapar por el "nuevo ardor misionero". El Espíritu Santo, a través de los líderes convertidos y organizados, conduce a la comunidad a la decisión de anunciar el Evangelio al mundo. Hasta ese momento, la propagación de la Palabra había sido casi accidental, debido a situaciones particulares. Ahora comienza una nueva etapa en la historia de la Iglesia: los paganos son los destinatarios principales de la salvación y los cristianos se sienten impulsados a proclamar la Buena Noticia.

La iglesia de Antioquía se presenta organizada: funciones compartidas y decisiones tomadas en asamblea, en clima de oración y discernimiento. La conciencia misionera nace de una comunidad llena de vida, que escoge y designa a las personas para la misión. Éstas asumen un modo de existencia itinerante y salen por ciudades y pueblos para proclamar el Evangelio.

La evangelización itinerante

En la actualidad, la itinerancia es una forma de vida que muchas personas adoptan de manera libre o forzada. Miles de inmigrantes viven en nuestros países. Hay religiosas y religiosos, incluso congregaciones y ONG, que asumen la atención a estas personas. También las hay que adoptan la forma de vida itinerante como solidaridad con las personas sin tierra y sin techo.

¿Quién no recuerda, en la historia de la Edad Media, a las órdenes mendicantes? Hay cristianos que, abandonando la comodidad de la sociedad de consumo, han salido al camino y se han hecho itinerantes para buscar nuevas formas de vivir el Evangelio.

I. "Mi padre era un arameo errante" (Dt 26,5)

"Tú pronunciarás estas palabras ante Yahveh tu Dios: Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí..."

Desde sus orígenes, el pueblo de Dios recuerda su itinerancia. Prácticamente toda la historia del Antiguo Testamento se caracteriza como una peregrinación en busca de un pedazo de tierra para vivir.

Patriarcas y matriarcas caminaron de Mesopotamia a Egipto y de Egipto a Cana, en un nomadismo sin fin. Después los esclavos de Egipto atravesaron el Mar Rojo y comenzaron un largo peregrinar por el desierto en busca de la tierra prometida. Con el exilio perdieron todo: tierra, rey y templo. La nación quedó totalmente desestructurada. Como fénix renacida de las cenizas, un resto vuelve, en un éxodo, por el desierto florido, para reconstruir la propia historia. Pero la trayectoria del Antiguo Testamento permanece como un largo viaje, con pueblos dispersos, diseminados en constante peregrinar, en una diáspora continua entre los grandes imperios internacionales.

II. "No llevéis nada para el camino" (Mc 6,8)

"...y comenzó a enviarlos de dos en dos...y les ordenó que nada llevarsen para el camino, fuera de un bastón; ni pan ni..."

El mismo Jesús inauguró un nuevo estilo de vida, a partir del anuncio del Reino. Vivía de esa forma y había formado un movimiento itinerante de anuncio de una nueva y buena noticia. Este grupo de evangelizadores itinerantes habría sido responsable de la primera difusión del mensaje de Jesús y, más tarde, de los escritos de los evangelios.

Existen muchos textos en los evangelios que apuntan a este estilo de vida. Las primeras personas que siguieron a Jesús vivían la expectativa de un final próximo, en el que se implantaría la justicia. Por tanto, su característica era la de un grupo escatológico.

Se trataba de un grupo alternativo a la sociedad establecida, un grupo marginal, en el que había mujeres, hombres, pescadores, enfermos, revolucionarios.

Jesús estaba lanzando un estilo de vida independiente de la tierra natal, sin familia, sin propiedad, sin seguridad. Se puede traducir como un nuevo *ethos* (costumbre social), *ethos* de desapego,

abandono de la propia familia, crítica a la riqueza y a las posesiones.

La época era de injusticia. Era una sociedad de excluidos. La familia era la única instancia que garantizaba la seguridad de las personas. La opción de Jesús fue una opción radical por los inseguros, marginados, excluidos. No se trata de una propuesta romántica, aventurera. Se trata de una opción audaz que daba esperanza a los necesitados.

III. "Cuando lleguéis a un pueblo o aldea, averiguad quién hay en ella digno..." (Mt 10,11)

El llamado discurso de la misión (Mt 10,9-14) otorga un primer perfil de los misioneros ambulantes y revela su desapego total, incluso a la tierra natal. Muestra claramente una vida de andariegos que van de ciudad en ciudad. Por eso Jesús puede decir: "No llevéis oro, ni plata ni dinero en el bolsillo; ni zurrón para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni cayado; porque el obrero tiene derecho a su sustento. Cuando lleguéis a un pueblo o aldea, averiguad quién hay en ella digno de recibiros y quedaos en su casa hasta que os marchéis" (Mt 10,9-11).

IV. "Los enemigos de cada uno serán los de su casa" (Mt 10,36)

*"Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre,
a la hija con su madre, a la nuera con su suegra;
y enemigos de cada cual serán los que convivan
con él"*

Hay numerosos textos que hacen referencia al desapego familiar: "El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Mt 8,20); "Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mt 8,22); "No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino discordia. Porque he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su casa" (Mt 10,34-36); "Un profeta sólo es despreciado en su pueblo y en su casa" (Mt 13,57); "Algunos no se casan porque nacieron incapacitados para ello; otros porque los hombres los incapacitaron; y otros eligen no casarse por causa del Reino" (Mt 19,12)

Frases como éstas, en la boca de Jesús, denotan un radicalismo total y manifiestan un estilo de vida profundamente innovador. Estaba lanzada la propuesta de un nuevo grupo alternativo de predicadores ambulantes.

Para vivir este reto era necesario desestabilizarse. Con los esquemas fijos de una casa propia sería imposible seguir tal propuesta.

V. "Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (Mt 19,27)

Muchos textos de los evangelios hacen referencia a la renuncia a los bienes, como el del joven rico (cf. Mt 19,16-22), o la recompensa al que ha abandonado todo (cf. Mt 19,27-30). Ese estado de vida, sin ninguna propiedad, sólo es posible a quien ha hecho una opción radical, quien considera al Reino como valor absoluto y se lanza confiado detrás del Maestro.

En esta vida de pobreza radical, los misioneros ambulantes dependían de las comunidades por donde pasaban, porque ellos no llevaban dinero ni provisiones. La promesa consistía en formar una nueva sociedad, ganando mucho más en "padres, hermanos, casas, hijos".

VI. "Fijaos en las aves del cielo... fijaos cómo crecen los lirios del campo" (Mt 6,26.28)

Otros textos nos hablan del desapego de las amarras cotidianas. Se entienden mejor dentro del contexto de itinerancia. Basta leer, por ejemplo, las instrucciones referentes a la despreocupación con el comer, con el vestir, con el futuro (cf. Mt 6,25-34). De la misma forma, las promesas a quien recibe a los misioneros es la garantía de la recompensa, incluso por un vaso de agua ofrecido en nombre de Jesús (cf. Mt 10,42). La hospitalidad es elemento esencial en esta vida libre y totalmente desapegada.

VII. "Si alguien quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo..." (Mt 16,24)

Otro texto clave dentro de la propuesta de Jesús. Presenta las condiciones del discipulado como renuncia radical (cf. Mt 16,24-26). Esta perícopa se puede aplicar a la vida de un misionero ambulante que ha optado de forma radical por Cristo y ha experimentado las dificultades que esta opción implica en el día a día. Por eso la necesidad de renuncia total, de negarse a sí mismo, de cargar la cruz, de perder la vida por seguir fielmente a Jesús.

VIII. "Los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio" (1 Cor 9,14)

La acción del Espíritu Santo suscitó, en el período más primitivo de la historia de la Iglesia, apóstoles, profetas y maestros que continuaron la misión itinerante de Jesús. De esta forma, el Evangelio se extendió rápidamente y la conciencia misionera creció en las diferentes comunidades. Un ejemplo es el relato de Hch 13,1-12.

Los escritos paulinos destacan la función de los profetas, con un papel reconocido en sus comunidades. Basta leer 1 Cor 12,28; 14,29ss; Rom 12,6.8, entre otros muchos textos.

Pero la presencia de profetas itinerantes, en estas iglesias, se nota mejor en la segunda carta a los Corintios, principalmente en los capítulos 10 a 13. Pablo polemiza con sus "enemigos", misioneros itinerantes que habían llegado a la comunidad, dotados de dones proféticos.

Entre las acusaciones que hacían a Pablo era justamente que él no vivía el mandato del Señor de que "los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio" (1 Cor 9,14). La "orden del Señor" indica una de las características de los misioneros ambulantes: ir de comunidad en comunidad, viviendo del sustento que éstas les proporcionasen.

IX. "He hecho muchos viajes. He sufrido muchos peligros..." (2 Cor 11,26)

La vida de Pablo, como la de los otros apóstoles, está marcada por la itinerancia. Los viajes fueron los que garantizaron la difusión del mensaje evangélico por el mundo de aquella época.

Pablo estuvo doce o trece años andando de ciudad en ciudad en tres grandes viajes. Algunos de sus compañeros de viaje fueron Bernabé, Juan Marcos, Silvano, Timoteo, Lucas, Prisca y Aquila...

Viajar en aquel tiempo era peligroso. Los misioneros andaban grandes trechos a pie, solos o en caravanas, por tierra o por mar. Leemos un testimonio vivo de Pablo: "Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de salteadores, de mis propios compatriotas, de paganos. He pasado un día y una noche a la deriva en el mar" (2 Cor 11,26.25)

Había dificultad con el idioma. Se tenía que expresar en griego, a veces en arameo o hebreo, y quién sabe si también en latín, además de los diferentes dialectos regionales.

Había numerosos problemas en relación con el sustento, pues el ideal de ser mantenido por las comunidades no siempre funcionaba. Además, Pablo y su grupo insistían en vivir del propio trabajo. No faltaban los riesgos de la salud, lo cual le hizo a Pablo escribir: "Trabajo y fatiga, a menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez" (2 Cor 11,27).

¿Qué significa hoy vivir itinerante? La disponibilidad para vivir el Evangelio. Exige radicalismo. A veces, significa renunciar al silencio personal, viviendo entre los ruidos de un barrio, en la escasez de la periferia, en la falta de condiciones de una zona rural. La atención a la gente es lo que caracteriza la vida de una persona itinerante, siempre disponible para quien la busca.

TERCER BLOQUE. LAS IGLESIAS EN LA DIÁSPORA LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS ANTE EL JUDAÍSMO

I. Contexto histórico

Es necesario comenzar este tema con algunas aclaraciones. No refiriéndonos a religión, raza o cultura, sino a identidad política, se entiende por "judaísmo" el período de la historia en el que, del pueblo de Israel, sólo la tribu de Judá constituye una grandeza política propia. Este período comprende del año 538 a.C. (decreto de Ciro, vuelta del exilio, restauración de Jerusalén y de Judá) hasta el año 135 d.C. (segunda rebelión judía de Bar Kokba, y la destrucción total de Jerusalén). Sin embargo, el judaísmo como realidad religiosa, étnica y cultural existe hasta hoy. Por tanto, conviene hablar del "judaísmo antiguo" para denominar aquel período. En esa época se distingue el "judaísmo antiguo", que comprende del año 32 a.C. (conquista de Palestina por Alejandro Magno e incorporación de los judíos al mundo helenístico) hasta el año 135 d.C. En este momento nos interesa el judaísmo en tiempo de Jesús, por consiguiente, el final de todo este período: entre el año 30 y 135 d.C.

Veamos el siguiente esquema

- 586 a.C.: exilio de la élite de Jerusalén y de Judá (los "judíos") a Babilonia,
- 538 a.C.: decreto de Ciro y vuelta de los "judíos" a Jerusalén y sus alrededores,
- 520-515 a.C.: reconstrucción del templo,
- 332 a.C.: conquista de Alejandro Magno: el helenismo,
- 175 a.C.: persecución de los judíos por el rey helenista Antíoco IV Epífanes,
- 164 a.C.: reconquista del templo por los judíos liderados por Judas Macabeo; los reyes Asmoneos,
- 63 a.C.: ocupación de Palestina por los romanos,
- 48-4 a.C.: el rey Herodes,
- en torno al año 6 a.C.: nacimiento de Jesús,
- en torno al año 30 d.C.: muerte de Jesús,
- 48-49: concilio de los apóstoles en Jerusalén,
- 66-73: rebelión de los zelotas (guerra judía)
- 70: destrucción del templo,
- 132-135: rebelión de Bar-Kokba,
- 135: aniquilación total de Jerusalén.

Después de la (primera) Guerra Judía (66-73 d.C.) y de la caída de Jerusalén y del templo (70 d.C.), la religión judía se reorganiza sin templos y sin sacerdotes. Está definitivamente fundamentada en la sinagoga y en los rabinos de tradición farisaica. La nueva organización religiosa se llama "judaísmo rabínico". Se prolonga, por medio del judaísmo medieval y moderno, hasta nuestros días. Encontramos el nuevo judaísmo en el volumen anterior de la presente colección: es la "corriente" a la que se oponen las comunidades judeocristianas representadas por los evangelios de Mateo y de Juan. El nacimiento del nuevo judaísmo significó la ruptura definitiva entre judaísmo y cristianismo. El síntoma más fuerte de esta separación fue la excomunión de los cristianos por el sínodo rabínico de Yamnia, en torno al año 85 d.C.

Se discuten los motivos de esta enemistad. Algunos dicen que sería el hecho de que los cristianos no hubieran participado en la guerra contra los romanos. Pero un análisis objetivo del comportamiento de los rabinos en esta época concluye que éstos tampoco mostraron mucha solidaridad con los zelotas revolucionarios. Lo más verosímil es que las raíces del conflicto son de orden religioso. Después de la caída del templo, las únicas formas del judaísmo que sobrevivieron fueron el cristianismo y el rabinismo farisaico. Éste, para confirmar su hegemonía como judaísmo

auténtico, tenía que excluir a la otra forma, más abierta a los gentiles, poco preocupada con las observancias rituales y desligada de la perspectiva mesiánica, colmada por el propio Jesús.

Antes de la crisis de la Guerra Judía, el cristianismo no se distinguía claramente del judaísmo, por lo menos a los ojos de los de fuera. No obstante, ya existía una práctica cristiana que no estaba atada al judaísmo. Si acompañamos el itinerario narrado en los Hechos de los apóstoles, es conveniente fijarse en la relación de las comunidades cristianas con el judaísmo antiguo, que está caminando hacia el fin. Al hablar de comunidades cristianas podemos hacer la siguiente distinción:

- Comunidades judeocristianas: la "Iglesia de la Circuncisión".

Sociológicamente hablando, son comunidades de judíos que creen en Jesús Mesías.

- Comunidades cristianas, que no provienen del judaísmo, sino del mundo pagano (desde el punto de vista judío): la gentilidad. Creen en Jesús como el Salvador esperado por el judaísmo y por el mundo, pero no se injertan en el judaísmo como realidad sociocultural o religiosa.

- Comunidades "mixtas", de judeocristianos y cristianos procedentes de la gentilidad. En éstas es donde el problema de relación se hará sentir con mayor virulencia.

II. Las primeras comunidades y el judaísmo en los escritos del Nuevo Testamento

El libro de los Hechos y otros escritos nos ofrecen luz sobre la relación entre judaísmo y cristianismo en los años 30 al 70 d.C.

1. La Iglesia de los Doce y de Santiago: los "galileos" forman la comunidad de Jerusalén

Según Mc 16,7, copiado por Mt, y según J n 21,1-13, se puede pensar que el movimiento cristiano después de la muerte de Jesús se recompuso en Galilea. Lucas, sin embargo, termina su evangelio y comienza el libro de los Hechos presentando la reorganización en Jerusalén, inmediatamente después de la muerte de Cristo, sin salir de la ciudad (Lc 24,49; Hch 1,3ss). Podemos sospechar que Lucas fuerza la historia para que tenga un espacio en su visión teológica.

De cualquier manera, la primera comunidad era la de los "galileos", bajo el mando de los Doce, en Galilea y en Jerusalén. Lucas la presenta reuniéndose en el templo (Hch 2,46). Estaba integrada en el judaísmo, que antes de la Guerra Judía era bastante diversificado. En un determinado momento, quizás muy pronto, Santiago, "hermano del Señor" sin pertenecer a los Doce, se convirtió en uno de los líderes de la iglesia de Jerusalén. A él se le atribuye la carta de Santiago.

Se trata, probablemente, de "Santiago el Menor", el de Mc 6,3; 15,40; 16,1; Hch 12,17; 15,13, 21,18; 1 Cor 15,7; Gal 1,19; 2,9.12; Sant 1,1; Jds 1,1; es el que, antes de Pedro, dirige la iglesia de Jerusalén en el año 48, en la época del Concilio de Jerusalén. Si Santiago fue el verdadero autor, tendríamos un documento oriundo de esta comunidad-madre judeocristiana. De hecho, encontramos en la carta de Santiago muchas semejanzas con las palabras de Jesús, que Mateo y Lucas encontraron en un documento y consultaron para escribir sus evangelios, los *logia* de Jesús. Dicho documento, que se puede recomponer por las citas de Mateo y Lucas, se considera que nació en la comunidad de Jerusalén o de Galilea. La comunidad que respalda la carta de Santiago tiene las mismas características. La falta de cualquier referencia a la destrucción del templo y al conflicto con el judaísmo nos hace situarla antes de la Guerra Judía y de la caída del templo.

Pero esta teoría puede que sea ficticia. Si la "sinagoga cristiana" de la cual surgió la carta no fuera la propia comunidad-madre de Jerusalén, sería una comunidad judeocristiana de Galilea o de la región fronteriza de Siria. Según Hechos, cuando Pablo se encamina a perseguir a los cristianos en Damasco, existe allí una comunidad de judeocristianos, representada de manera ejemplar por la figura de Ananías (Hch 9,10). Una comunidad "jacobina" (Santiago = Jacob) fuera de Jerusalén podría tener trazos semejantes.

2. Las comunidades fundadas por los Siete

Otro tipo de comunidad que se menciona a partir de Hch 6 es la de los Siete (Esteban, etc.). Está formada por judíos de cultura griega que se reúnen en la sinagoga de los "libertos", es decir, de judíos que han sido esclavos en las ciudades del Imperio (Hch 6,9). Por lo que da a entender el discurso de Esteban, el grupo no tenía tanto respeto por el templo como el grupo anterior (Hch 7,47-50) y fue perseguido bajo la misma acusación que había motivado la condena de Jesús: la crítica al templo (Hch 6,13-14). Resulta extraño ver que la comunidad de los Siete es perseguida, mientras los Doce pueden permanecer en Jerusalén. Por causa de la persecución, el grupo de los Siete establece comunidades en Samaría, sin duda ajenas al judaísmo dominante de Jerusalén.

3. La "revolución" de Pedro

Según Hch 10-11, el propio Pedro, bajo la influencia del Espíritu, rompe el tabú de la pureza alimentaria y practica la comunión de mesa con los no judíos -soldados y otros-. La comunión de mesa era una conquista fundamental para que el cristianismo se pudiera abrir a los paganos, sin barreras ni discriminaciones. Todos los evangelios, incluso el de Mateo, hablan hasta la saciedad de que Jesús superaba las barreras religiosas y rituales del judaísmo farisaico y rabínico.

Esta práctica de Pedro ofrece quizás una muestra de lo que pasaba en las comunidades mixtas. El Concilio de Jerusalén, en el año 48/49 d.C, provocado, tal vez, por la práctica semejante de Pablo, girará exactamente en torno a ese punto y establecerá reglas de convivencia para judeocristianos y cristianos procedentes del paganismo, en el seno de las comunidades mixtas.

4. De la "Iglesia de la Circuncisión" a la Iglesia de todos

El bloque 3 presenta algunas muestras que iluminan la "ruptura del cordón umbilical" que unía la Iglesia con el judaísmo. Ruptura que significaba emancipación de los elementos socioculturales y religiosos del judaísmo, pero no la negación de las raíces judías. Sería bueno que la herencia judeocristiana de la iglesia de Jerusalén tuviera mayor peso entre nosotros. Hoy día, apenas existen en Jerusalén cuatro pequeñas comunidades hebreas que pertenecen a la Iglesia católica. Los católicos latinos estamos acostumbrados a entender "católico", o universal, como sociedad mundial, "aldea global", identificada con la cultura dominante. Sin embargo, las comunidades judeocristianas conciben la catolicidad, o universalidad, de otra manera: como pequeño resto, pueblo-testimonio, luz de las naciones, a la manera del Siervo del Señor.